

UNIDAD IV

DISCIPLINAS LINGÜÍSTICAS

Objetivo:

- Analizar a partir de disciplinas lingüísticas, el pensamiento y comportamiento de la sociedad como forma de comunicación

Competencias cognoscitivas:

- Identifica en la sociedad comportamientos y pensamientos lingüísticos comunicativos.

Competencia asociada:

- Integra los postulados teóricos y/o conceptuales de la comunicación en los contextos regional, nacional y mundial, comprendiendo su historia y su rol como herramienta transversal en la formación de la opinión pública.

Resultado de aprendizaje:

- Reconocer intencionalidades comunicativas en diferentes escenarios de la vida cotidiana aplicando fundamentos lingüísticos.
- Distinguir los rasgos característicos de las lenguas y de los lenguajes como forma de comunicación de los seres vivos.

4. Variedad de disciplinas lingüísticas

4.1. Psicolingüística

Concepto de psicolingüística



Figura 9. Concepto de psicolingüística

Fuente. Elaboración propia.

Esta disciplina analiza cualquier proceso que tenga que ver con la comunicación humana, mediante el uso del lenguaje (sea este el que sea, oral, escrito o no verbal) (Bruner, 1989). A grandes rasgos, los procesos psicolingüísticos más estudiados pueden dividirse en dos categorías, un llamado de codificación (producción del lenguaje), otro llamado de decodificación (o comprensión del lenguaje), (López, 1996).

Para poder estudiar el proceso de adquisición del lenguaje se deben abordar las etapas lingüísticas:

4.1.1. Etapas de adquisición del lenguaje. Varios autores son los que han hablado acerca de la adquisición del lenguaje, sin embargo vamos hacer mención a lo planteado por Piaget (1969):

ETAPAS DE ADQUISICIÓN DEL LENGUAJE

116

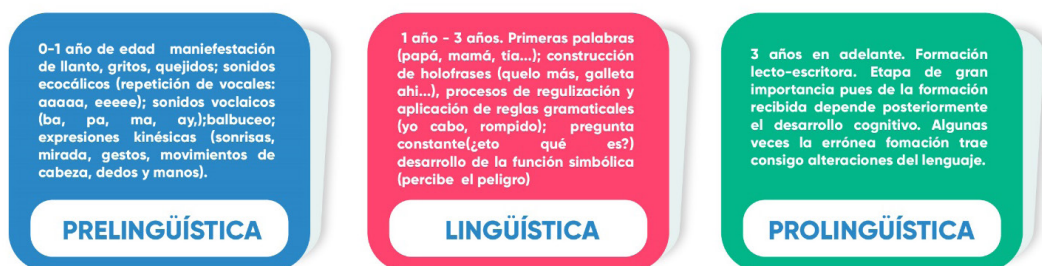


Figura 10. Etapas de adquisición del lenguaje

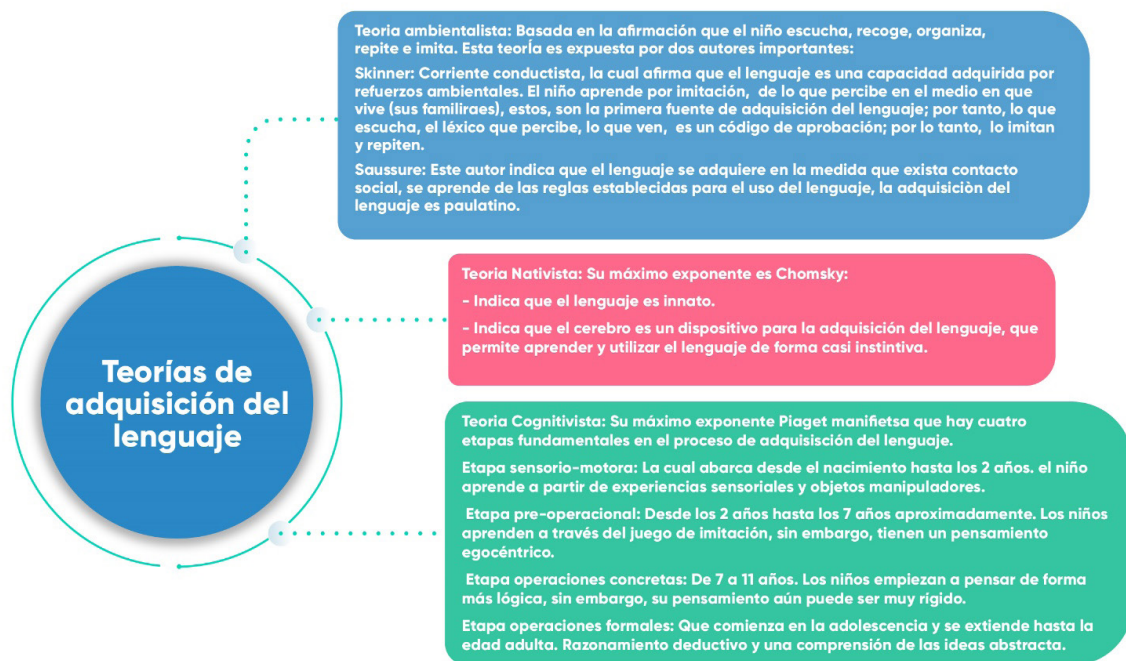
Fuente. Elaboración propia.

4.1.2. Alteraciones del lenguaje. Son dificultades en la adquisición del lenguaje tanto a nivel de comprensión como de expresión oral (Richelle, 1975). Las alteraciones del lenguaje suelen estar relacionados con el desarrollo. Comienzan en la infancia y continúan hasta la edad adulta. También pueden ser ocasionados por una lesión cerebral o una enfermedad.

Dentro de ellas se puede mencionar:

- **Disfasia:** trastorno que obstruye la capacidad del niño para desarrollar las habilidades del lenguaje: errores graves de gramática, vocabulario casi nulo, dificultades fonológicas.
- **Dislexia:** Dificultades en la lectura, la escritura y la ortografía, problemas para hablar, dificultad para procesar la información verbal, realizan inversiones y rotaciones de palabras en frases o letras en palabras.
- **Disglosia:** alteraciones articulatorias debidas a anomalías anatómicas de los órganos articulatorios: labio leporino, fisura palatina, malposiciones dentarias.
- **Afasia:** ocurren tras un desarrollo inicial normal del lenguaje en los dos primeros años, y se produce una pérdida o retraso en su progresión. Éste puede ser secundario a diversas causas que producen una lesión cerebral: infecciones (bacterianas, encefalitis herpética), daño vascular, traumatismos craneoencefálicos, epilepsia, tumores cerebrales, enfermedades metabólicas.
- **Trastorno de asperger:** torpeza motora, dificultades en la interacción social y en los patrones de comportamiento. El tono de voz es monocorde, robotizado, el discurso es pedante y no se acompaña de gesticulaciones ni de contacto ocular. Tienen dificultad para comprender y procesar ironías y bromas del lenguaje coloquial.

4.1.3. Teorías de adquisición del lenguaje. De acuerdo a (Skinner, 1975), (Saussure, 1961), (Vygotsky, 1964), (Piaget, 1969) y (Chomsky, 1969), la adquisición del lenguaje está sujeto a teorías que explican cómo se adquiere el lenguaje.

**Figura 11.** Teorías de adquisición del lenguaje

Fuente. Elaboración propia.

4.2. Sociolingüística

Representante William Labov (1972) el cual indica las siguientes características:

- La sociolingüística, en concreto, estudia las lenguas en relación con la sociedad social.
- Establece correlaciones entre el comportamiento lingüístico y el contexto socio-situacional.
- Privilegia la perspectiva social e intenta comprender cómo se manifiesta la variación, qué factores la determinan, qué variantes lingüísticas caracterizan los distintos grupos sociales.
- En sociolingüística, la lengua tiene, por tanto, un correlato social del que carece en lingüística.

La sociolingüística comprende la relación del lenguaje bajo distintos contextos sociales como:

- Nivel socio-económico
 - Edad
 - Género
 - Nivel educativo
 - Profesión
 - Procedencia
 - Historia
 - Cultura
- Estos factores ejercen influencia en el uso y manejo de la lengua y el lenguaje; es decir, permean el acto comunicativo. Por ejemplo: una persona de estrato socioeconómico y con perfil educativo bajo, puede tener limitantes en el léxico, en su estilo de vida, en su comportamiento, su forma de vestir, en pocas palabras, el barrio o comunidad en el que se vive refleja costumbres distintas a la de una persona de estrato social alta.

De la misma manera, la sociolingüística, tiene en cuenta aspectos como las variantes lingüísticas, las cuales se describen a continuación

4.2.1. Variantes Lingüísticas: conjunto de los distintos modos de habla. Estas variantes aparecen en virtud de la situación social y cultural de los hablantes y de cada momento histórico (Halliday, 1984). De igual manera, dependen del lugar en que se encuentren o de la particular situación comunicativa en la que se vean inmersos.

Ejemplo:

Vestido de baño:	Colombia
Bañador:	España
Malla:	Argentina

4.2.1.1. Clases de variantes

Variantes diatópicas (o relativas al factor regional)

Se trata de las variantes vinculadas al lugar de procedencia de los hablantes. Se manifiestan en los dialectos, las hablas regionales, locales, etc.

Ejemplos:

Andar a pie → andar a pata (Chile), andar a gamba (Argentina).

Llave de agua → llave (Chile), pluma (Cuba).

Microbús → Micro (Chile), Guagua (Centroamérica).

Auto → Carro (Colombia), coche México.

Chile (México), Ají (Chile).

Otro ejemplo: la prenda deportiva que cubre solo el tronco y que generalmente no tiene cuello se denomina *polera* en Chile, *franela* en Venezuela, *camiseta* en República Dominicana y *remera* en Argentina.

Variantes diastráticas (o relativas a factores socioculturales)

Se trata de las modalidades lingüísticas adoptadas en una lengua en función de la pertenencia del hablante a un grupo socio-económico concreto. Aquí encontramos las variedades **cultas** e **incultas**.

120

- **Basilecto** es el nivel más bajo de un dialecto y del uso de la lengua
- **Mesolecto** el uso medio del lenguaje
- **Acrolecto** es el nivel más alto en el uso del lenguaje

Ejemplo:

Ella vino exclusivamente para **importunar** a Carmen con la noticia de su destitución (**Acrolecto**)

Ella vino solamente para **molestar** a Carmen con la noticia de su despido (**Mesolecto**)

Ella vino fue a **joder** a Carmen con el cuento de su despido (**Basilecto**)

Requiero con urgencia encontrar un buen **empleo** (**Acrolecto**)

Necesito conseguir un **trabajo** (**Mesolecto**)

Estoy buscando **chamba** urgente (**Basilecto**)

4.3. Sociología de la lengua

Máximo exponente Fishman, indica este autor que la sociología del lenguaje estudia el papel que cumple una lengua o una variedad lingüística dentro de la formación y estructura de una sociedad, a sociología del lenguaje aspira más bien a conocer mejor la organización social de los procesos lingüísticos y los problemas sociales que de ella derivan (Fishman, 1979). De la misma manera se encarga de estudiar el bilingüismo y sus rasgos característicos. En pocas palabras estudia la sociedad en relación a la lengua, de qué forma la misma sociedad modifica los rasgos característicos de una lengua.

Ejemplo:

La televisión ejerce de una u otra manera, influencia en el uso de la lengua y del lenguaje; hay palabras, frases, estilos de vida y de comportamientos que son fruto de lo que vemos u oímos. Es el caso de palabras que quedan momentáneamente en el uso cotidiano de la lengua, toda vez que personajes de la televisión las usan (voy, pégueme...), estilos de peinados.

121

4.4. Etnolingüística

Exponente Humbolt (1990), estudia la relación entre lenguaje, pensamiento y cultura. Vemos algunos **mecanismos lingüísticos que reflejan la cultura**, tanto no verbales, por ejemplo, los búlgaros asienten moviendo la cabeza de izquierda a derecha y no de arriba abajo. Culturalmente los pueblos se comunican, tiene rituales, religión, medicina, lenguajes y estilos de vida que lo caracterizan, la etnolingüística, no solo estudia las etnias con sus características, sino también cualquier grupo social.

Ejemplo: Saludos en algunas culturas



Fuente. Difundir.org. (2022). Recuperado de:
<https://www.google.com/search?q=saludos+en+distintas+culturas>

4.5. Antropolingüística

Exponente Frank Boas (1926), Levi Strauss (Levi, 2006); esto autores estudian el lenguaje en su contexto social y cultural. Estudia la cultura y la sociedad como producto, tanto en condiciones objetivas o materiales como de construcciones conceptuales o simbólicas. De esta forma, la interacción entre estas dos dimensiones nos permite abordar a los sistemas socioculturales como una realidad material a la vez que una construcción conceptual.

122

Ejemplo: Estudio de los ritos, mitos, creencias, agüeros



Fuente. <https://www.google.com/search?q=saludos+en+distintas+culturas>

4. Todo el texto impreso en tipo redondo proviene de la mano del copista:

5. Analiza los rasgos más representativos del registro coloquial que aparecen en el siguiente fragmento de *Bajarse al moro*, de José Luis Alonso de Santos:

Bajarse al moro

DOÑA ANTONIA. Un café a la una, qué desbarajuste. (A su hijo, alcanzándole en la puerta) Toma el bocadillo, y estírate la camisa. (Le da el bocadillo y le coloca la ropa) Que vas hecho un cuadro.

ALBERTO. ¡Vale! ¡Vale! Hasta luego. (Sale y cierran la puerta. Se oyen las risas perdiéndose escaleras abajo entre ruidos que indican que siguen jugando a golpearse como dos críos.

(Quedan en escena las dos chicas y DOÑA ANTONIA, mirándose sin saber qué decirse.) DOÑA ANTONIA. (Suspirando) ¡Ay, Dios mío! ¡Qué hijos estos!

ELENA. ¿Tiene usted más? ¿Más hijos?

DOÑA ANTONIA. Te parece poco con esta bala perdida. Anda, dadme una copa de coñac si tenéis por ahí, a ver si se me quita el disgusto que tengo.

CHUSA. Se acabó usted el último día la botella. Sólo hay té. ¿Quiere té?

DOÑA ANTONIA. ¿Té? Quitaa, quita. Yo sólo tomo té cuando me duele la tripa. ¿Y tú quién eres? No te conocía.

ELENA. Es que soy nueva. Soy Elena. Mucho gusto.

José Luis Alonso de Santos

6. Recolecta información sobre grupos étnicos de la región en la que vive; para ello describa sus costumbres, ritos, religión, formas de comunicación, creencias, mitos, leyendas. Con la información presenta un texto en el que expongas lo investigado, puedes acudir a registro fotográfico para ilustrar.

<i>Evaluación de la unidad</i>

1. Lee lo siguiente, escribe y evalúa la presencia de variación lingüística en su vertiente dialectal en sentido amplio: variedades intralingüísticas (sociolectos, geolectos, cronolectos, sexolectos y etnolectos) y variedades interlingüísticas (plurilingüismo, bilingüismo, diglosia); y en su vertiente contextual-funcional (campos-temáticas, tonos-estilos, canales-medios), así mismo, elementos etnolingüísticos y antropolingüístico; finalmente explique a través de un texto lo identificado.

La siesta del martes

***Los funerales de la Mamá Grande* (1962)**

El tren salió del trepidante corredor de rocas bermejas, penetró en las plantaciones de banano, simétricas e interminables, y el aire se hizo húmedo y no se volvió a sentir la brisa del mar. Una humareda sofocante entró por la ventanilla del vagón. En el estrecho camino paralelo a la vía férrea había carretas de bueyes cargadas de racimos verdes. Al otro lado del camino, intempestivos espacios sin sembrar, había ventiladores eléctricos, campamentos de ladrillos rojos y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas, entre palmeras y rosales polvorientos. Eran las once de la mañana y aún no había empezado el calor.

—Es mejor que subas el vidrio —dijo la mujer—. El pelo se te va a llenar de carbón.

La niña trató de hacerlo pero la persiana estaba bloqueada por óxido.

Eran los únicos pasajeros en el escueto vagón de tercera clase. Como el humo de la locomotora siguió entrando por la ventanilla, la niña abandonó el puesto y puso en su lugar los únicos objetos que llevaban: una bolsa de material plástico con cosas de comer y un ramo de flores envuelto en papel de periódicos. Se sentó en el asiento opuesto, alejada de la ventanilla, de frente a su madre. Ambas guardaban un luto riguroso y pobre.

La niña tenía doce años y era la primera vez que viajaba. La mujer parecía demasiado vieja para ser su madre, a causa de las venas azules en los párpados y del cuerpo pequeño, blando y sin formas, en un traje cortado como una sotana. Viajaba con la columna vertebral firmemente apoyada contra el espaldar del asiento, sosteniendo en el regazo con ambas manos una cartera de charol desconchado. Tenía la serenidad escrupulosa de la gente acostumbrada a la pobreza.

A las doce había empezado el calor. El tren se detuvo diez minutos en una estación sin pueblo para abastecerse de agua. Afuera, en el misterioso silencio de las plantaciones, la sombra tenía un aspecto limpio. Pero el aire estancado dentro del vagón olía a cuero sin curtir. El tren no volvió a acelerar. Se detuvo en dos pueblos iguales, con casas de madera pintadas de colores vivos. La mujer inclinó la cabeza y se hundió en el sopor. La niña se quitó los zapatos. Después fue a los servicios sanitarios a poner en agua el ramo de flores muertas.

Cuando volvió al asiento la madre la esperaba para comer. Le dio un pedazo de queso, medio bollo de maíz y una galleta dulce, y sacó para ella de la bolsa de material plástico una ración igual. Mientras comían, el tren atravesó muy despacio un puente de hierro y pasó de largo por un pueblo igual a los anteriores, sólo que en éste había una multitud en la plaza. Una banda de músicos tocaba una pieza alegre bajo el sol

aplastante. Al otro lado del pueblo, en una llanura cuarteada por la aridez, terminaban las plantaciones.

La mujer dejó de comer.

—Ponte los zapatos —dijo.

La niña miró hacia el exterior. No vio nada más que la llanura desierta por donde el tren empezaba a correr de nuevo, pero metió en la bolsa el último pedazo de galleta y se puso rápidamente los zapatos. La mujer le dio la peineta.

—Péinate —dijo.

El tren empezó a pitar mientras la niña se peinaba. La mujer se secó el sudor del cuello y se limpió la grasa de la cara con los dedos. Cuando la niña acabó de peinarse el tren pasó frente a las primeras casas de un pueblo más grande pero más triste que los anteriores.

—Si tienes ganas de hacer algo, hazlo ahora —dijo la mujer—. Después, aunque te estés muriendo de sed no tomes agua en ninguna parte. Sobre todo, no vayas a llorar.

La niña aprobó con la cabeza. Por la ventanilla entraba un viento ardiente y seco, mezclado con el pito de la locomotora y el estrépito de los viejos vagones. La mujer enrolló la bolsa con el resto de los alimentos y la metió en la cartera. Por un instante, la imagen total del pueblo, en el luminoso martes de agosto, resplandeció en la ventanilla. La niña envolvió las flores en los periódicos empapados, se apartó un poco más de la ventanilla y miró fijamente a su madre. Ella le devolvió una expresión apacible. El tren acabó de pitar y disminuyó la marcha. Un momento después se detuvo.

No había nadie en la estación. Del otro lado de la calle, en la acera sombreada por los almendros, sólo estaba abierto el salón de billar. El pueblo flotaba en el calor. La mujer y la niña descendieron del tren, atravesaron la estación abandonada cuyas baldosas empezaban a cuartearse por la presión de la hierba, y cruzaron la calle hasta la acera de sombra.

Eran casi las dos. A esa hora, agobiado por el sopor, el pueblo hacía la siesta. Los almacenes, las oficinas públicas, la escuela municipal, se cerraban desde las once y no oían a abrirse hasta un poco antes de las cuatro, cuando pasaba el tren de regreso. Sólo permanecían abiertos el hotel frente a la estación, su cantina y su salón de billar, y la oficina del telégrafo a un lado de la plaza. Las casas, en su mayoría construidas sobre el modelo de la compañía bananera, tenían las puertas cerradas por dentro y las persianas bajas. En algunas hacía tanto calor que sus habitantes almorzaban en el patio. Otros recostaban un asiento a la sombra de los almendros y hacían la siesta en plena calle.

Buscando siempre la protección de los almendros la mujer y la niña penetraron en el pueblo sin perturbar la siesta. Fueron directamente a la casa cural. La mujer raspó con la uña la red metálica de la puerta, esperó un instante y volvió a llamar. En el interior zumbaba un ventilador eléctrico. No se oyeron los pasos. Se oyó apenas el leve crujido de una puerta y en seguida una voz cautelosa muy cerca de la red metálica: «¿Quién es?». La mujer trató de ver a través de la red metálica.

—Necesito al padre —dijo.

—Ahora está durmiendo.

—Es urgente —insistió la mujer.

Su voz tenía una tenacidad reposada.

La puerta se entreabrió sin ruido y apareció una mujer madura y regordeta, de cutis muy pálido y cabellos color de hierro. Los ojos parecían demasiado pequeños detrás de los gruesos cristales de los lentes.

—Sigan —dijo, y acabó de abrir la puerta.

Entraron, en una sala impregnada de un viejo olor de flores. La mujer de la casa las condujo hasta un escaño de madera y les hizo señas de que se sentaran. La niña lo hizo, pero su madre permaneció de pie, absorta, con la cartera apretada en

las dos manos. No se percibía ningún ruido detrás del ventilador eléctrico.

10 —Carlos Centeno —repitió la mujer. El padre siguió sin entender.

—Es el ladrón que mataron aquí la semana pasada —dijo la mujer en el mismo tono—. Yo soy su madre.

El sacerdote la escrutó. Ella lo miró fijamente, con un dominio reposado, y el padre se ruborizó. Bajó la cabeza para escribir. A medida que llenaba la hoja pedía a la mujer los datos de su identidad, y ella respondía sin vacilación, con detalles precisos, como si estuviera leyendo. El padre empezó a sudar. La niña se desabotonó la trabilla del zapato izquierdo, se descalzó el talón y lo apoyó en el contrafuerte. Hizo lo mismo con el derecho.

Todo había empezado el lunes de la semana anterior, a las tres de la madrugada y a pocas cuadras de allí. La señora Rebeca, una viuda solitaria que vivía en una casa llena de cachivaches, sintió a través del rumor de la llovizna que alguien trataba de forzar desde afuera la puerta de la calle. Se levantó, buscó a tientas en el ropero un revólver arcaico que nadie había disparado desde los tiempos del coronel Aureliano Buendía, y fue a la sala sin encender las luces. Orientándose no tanto por el ruido de la cerradura como por un terror desarrollado en ella por 28 años de soledad, localizó en la imaginación no sólo el sitio donde estaba la puerta sino la altura exacta de la cerradura. Agarró el arma con las dos manos, cerró los ojos y apretó el gatillo. Era la primera vez en su vida que disparaba un revólver. Inmediatamente después de la detonación no sintió nada más que el murmullo de la llovizna en el techo de cinc. Después percibió un golpecito metálico en el andén de cemento y una voz muy baja, apacible, pero terriblemente fatigada: «Ay, mi madre». El hombre que amaneció muerto frente a la casa, con la nariz despedazada, vestía una franela a rayas de colores, un pantalón ordinario con una sogá en lugar de cinturón, y estaba descalzo. Nadie lo conocía en el pueblo.

—De manera que se llamaba Carlos Centeno —murmuró el padre cuando acabó de escribir.

—Centeno Ayala —dijo la mujer—. Era el único varón.

El sacerdote volvió al armario. Colgadas de un clavo en el interior de la puerta había dos llaves grandes y oxidadas, como la niña imaginaba y como imaginaba la madre cuando era niña y como debió imaginar el propio sacerdote alguna vez que eran las llaves de San Pedro. Las descolgó, las puso en el cuaderno abierto sobre la baranda y mostró con el índice un lugar en la página escrita, mirando a la mujer.

—Firme aquí.

La mujer garabateó su nombre, sosteniendo la cartera bajo la axila. La niña recogió las flores, se dirigió a la baranda arrastrando los zapatos y observó atentamente a su madre.

El párroco suspiró.

— ¿Nunca trató de hacerlo entrar por el buen camino?

La mujer contestó cuando acabó de firmar.

—Era un hombre muy bueno.

El sacerdote miró alternativamente a la mujer y a la niña y comprobó con una especie de piadoso estupor que no estaban a punto de llorar. La mujer continuó inalterable:

—Yo le decía que nunca robara nada que le hiciera falta a alguien para comer, y él me hacía caso. En cambio, antes, cuando boxeaba, pasaba hasta tres días en la cama postrado por los golpes.

—Se tuvo que sacar todos los dientes —intervino la niña.

—Así es —confirmó la mujer—. Cada bocado que me comía en ese tiempo me sabía a los porrazos que le daban a mi hijo los sábados a la noche.

—La voluntad de Dios es inescrutable —dijo el padre.

Pero lo dijo sin mucha convicción, en parte porque la experiencia lo había vuelto un poco escéptico, y en parte por el calor. Les recomendó que se protegieran la cabeza para evitar la insolación. Les indicó bostezando y ya casi completamente dormido, cómo debían hacer para encontrar la tumba de Carlos

Centeno. Al regreso no tenían que tocar. Debían meter la llave por debajo de la puerta, y poner allí mismo, si tenían, una limosna para la Iglesia. La mujer escuchó las explicaciones con atención, pero dio las gracias sin sonreír.

Desde antes de abrir la puerta de la calle el padre se dio cuenta de que había alguien mirando hacia adentro, las narices aplastadas contra la red metálica. Era un grupo de niños. Cuando la puerta se abrió por completo los niños se dispersaron. A esa hora, de ordinario, no había nadie en la calle. Ahora no sólo estaban los niños. Había grupos bajo los almendros. El padre examinó la calle distorsionada por la reverberación, y entonces comprendió. Suavemente volvió a cerrar la puerta.

—Esperen un minuto —dijo, sin mirar a la mujer.

Su hermana apareció en la puerta del fondo, con una chaqueta negra sobre la camisa de dormir y el cabello suelto en los hombros. Miró al padre en silencio.

—¿Qué fue? —preguntó él.

—La gente se ha dado cuenta.

—Es mejor que salgan por la puerta del patio —dijo el padre.

—Da lo mismo —dijo su hermana—. Todo el mundo está en las ventanas.

La mujer parecía no haber comprendido hasta entonces. Trató de ver la calle a través de la red metálica. Luego le quitó el ramo de flores a la niña y empezó a moverse hacia la puerta. La niña la siguió.

—Esperen a que baje el sol —dijo el padre.

—Se van a derretir —dijo su hermana, inmóvil en el fondo de la sala—. Espérense y les presto una sombrilla.

—Gracias —replicó la mujer—. Así vamos bien.

Tomó a la niña de la mano y salió a la calle.

Gabriel García Márquez

<https://www.literatura.us/garciamarquez/siesta.html>